



GASTÓN BAQUERO

Bueno, ¿y la sangre cubana del «Libertador»?

(Tema en imprudencia)

Veo que se habla poco de la nodriza *ad honorem* de Bolívar. Hay una negrita que sale al escenario, hace su pequeña reverencia, y se va entre discretos aplausos. Es la Hipólita. ¿Pero y la otra señora? A Bolívar lo amamantó, en sus primeros tiempos, en los días lechales del hombre que diría Porfirio Barba, una cubana. María Mancebo dicen unos. Inés, dicen otros. Voy al vademecum criollo, quiero decir, al Calcagno, y en la página 425 leo: «MILLARES (Fernando).- Natural de Santiago de Cuba, siguió la carrera de las armas y era aún cadete, -194- cuando casó con doña María Mancebo de la misma ciudad. Con el gobernador de ésta pasó a Puerto Rico, y fue nombrado secretario del capitán general: de allí a Venezuela, donde tras varios servicios, ascendió a Mariscal de Campo, y fue nombrado, en 1871 (sic), gobernador de Venezuela, mando que no llegó a desempeñar o desempeñó *in nomine*, porque en la capitulación de Miranda se estipuló que don Domingo Monteverde continuara al frente del gobierno para cumplir las bases de la capitulación. Pasó entonces a la península, donde ascendió a general. Sus méritos y servicios están minuciosamente detallados en la historia de Colombia por M. Restrepo, tomo 2.º Venezuela».

Ya estamos metidos hasta el cuello en el disparate. Ese año 1871 -errata y no yerro será- lo echa a perder todo. Probablemente sea 1781, es decir, dos años antes del nacimiento de Simón, último hijo de una joven señora enfermiza, imposibilitada para criar a sus hijos. Una niña de quince años casada con un hombre de cuarenta y seis (Pereyra dice que doña Concepción tenía catorce años cuando la boda), debió poseer grandes cualidades para hacer de aquello un matrimonio feliz. Se casaron en 1773, y los hijos fueron naciendo en 1777, 1779, 1781, y, finalmente en 1783, pasaron a convertirse, con todo su linaje largamente rastreado en la historia, en «los padres de» Simón Joseph Antonio de la Santísima Trinidad. Una vez más había en tierra americana un Simón Bolívar. En 1555 hizo su aparición, por Santo Domingo, un Simón de Bolívar, que enraizó y proliferó en América. La familia se había ido encumbrando más y más. Esa gente tenía destino de cima. El niño nacido en 1783 llevaría cuatro apellidos muy cargados de nombradía, de genealogías, de sonoridades: Bolívar, Palacios-Sojo, Ponte y Blanco. Los historiadores - algunos, no todos, pues siempre hay gente con cabeza- dedican montones de páginas a aclarar el límpido linaje de hasta el último trastarabuelo de aquel niño. ¡Torpes que son! Se dan de cabezazos en las paredes al tocar con el apellido Ponte, pues por ahí dicen que el geniecillo democrático de América jugó una «mala pasada» a los adoradores de la sangre pura. Por esa mala pasada, ¡y hay quienes toman a gravísima ofensa el recuerdo!, este Simoncito aristócrata, este mantuanito gentil, era lo que técnicamente se denomina entre los etnicistas «requinterón de mulato». Como no quiero ser conducido a la hoguera, abro un texto de Pérez Barradas sobre los mestizos de América, y en la página 182 leo: «Simón Bolívar tuvo un 6,25 por 100 de sangre negra, es decir, era requinterón de mulato, pues -195- su bisabuela, María Josefa Marín de Narváez, era hija ilegítima de don Francisco Marín de Narváez y de una negra de servicio llamada Josefa». ¿No se comprende que esto, sea cierto o no, tiene que ser así? ¿Que no quita gloria ni grandeza al héroe, sino al revés? Bolívar o la perfección de lo americano, Bolívar o el arquetipo, ha de contener en sus venas todas las sangres de América, que es como decir todos los ríos desembocando en el océano. En lugar de entregarse a estúpida llantina por lo que aún muchos tienen por vergüenza, hay que felicitarse de que «El

Libertador» de los negros y de los mulatos lleve su pinta de canela en la sangre. Y lo que queda por hacer es montar un gran laboratorio, una oficina entera de investigación, para ver si se da con el dato que falta, a juicio mío, y es el de alguna huella de sangre india en las venas de este niño. ¡A mí lo que me daría pena sería comprobar que no, que no hay rastro de indígena de América en el organismo del primer hombre de América! Bolívar tiene que ser: blanco, negro, indio, mestizo, zambo (como le decían en son de ofensa los oligarcas del Perú), sambayo, cambujo, jarocho, galfarro, cuatralbo, cholo, mulato, ¡toda la América, todos los colores, todas las gentes todos los pueblos! ¿Pero es que puede darse nada más bello que ver rodeando la cuna de este niño a un vasco, a un mulato, a un indio, a un negro, a un blanco criollo, abuelos todos, palmoteándole las gracias, riéndole las divinas tontadas de alevín de Alejandro en sus primeras representaciones ante el mundo? Bolívar es la América. Por esto, me parece un símbolo lo de que una mujer nacida en Cuba y en la región oriental de la isla, que es donde ésta se hace dos veces criolla, más india, más mulata, más unificada y guajira, diera de mamar al hijo de la pobre Concepción Palacios. Venezuela le dio a Cuba el regalo impagable de los Maceo. Cuba le había dado antes una nodriza para Bolívar. El santiaguero José Antonio de la Caridad Maceo, naciendo en la misma tierra que nutriera a la nodriza del caraqueño Simón José Antonio de la Trinidad Bolívar. Eso crea una reminiscencia, eso tiene semejanza y da vínculo. Ese intercambio de sangre, ese vaivén de padres y nodrizas, de cubanos avenezolanados y de venezolanos acubanados, sirve para elevar y sublimar la visión inmediata en estos tiempos. Sirve para entender un poco más y mejor qué es lo de la unidad de América, y que lo de un Bolívar, tan caraqueño, tan venezolano, sintiéndose hombre de América toda. Cuando necesitó de un pseudónimo, firmó «El Americano», porque no había otro para él. Y ante los tiquismiquis de los preocupados racistas, plantó en -196- forma rotunda, en su forma tajante y varonil: «América es mestiza, y lo mejor de América es el mestizo». En tanto figuren y sean en la América hispana esos que aún hoy preferirían hallarse descendiendo de un bastardo del monstruoso Fernando VII a ser claros parientes de un Maceo o de un Piar, de un Machado de Assis o de un Francisco Javier de Santa Cruz Espejo, Hispanoamérica no pasará de ser la

mona de Europa. El hombre americano, el boliviano, el martiano, está más allá de la «pureza de sangre», porque su sangre es pura grandeza. Pertenece a una jerarquía de valores sociales, políticos, humanos, que crean una integración voluntaria, una creación hecha por hombres, un Adán inédito hasta entonces.

Un festín para el horóscopo

«El Libertador» es también una fiesta para quienes creen en el horóscopo. Bastaría y sobraría él como prueba de que hay algo en eso de las estrellas encima de la cuna del hombre. Explican los expertos que «El Libertador», nacido en el signo del León, apareció precisamente en un momento en que se formaba no se qué triángulo celestial con Marte. Y para acorde de perfecciones, había como una conjunción con la Luna y con Venus. O sea, que el Bolívar valiente como un León, enamorado siempre, con tendencia a la melancolía, hijo predilecto de Marte, llegó a esta tierra trayendo todos esos sellos impuestos sobre su frente por la propia mano del cielo.

Dícese que los hijos del León, y más en ese sector que alumbró el nacimiento de Bolívar, son, sobre belicosos, dados al gran teatro, a la escenificación brillante, al aparato y a la fantasía. En ese mismo signo y también en un día 24 de julio nació Alejandro Dumas padre, que no estuvo materialmente en un campo de batalla, a lo que yo sé -o a lo que no sé-, pero indudablemente tenía debilidad por Marte. La gente pendenciera, de espada en mano y de mucho guerrear, era la favorita del maravilloso mulato don Alejandro. Y para corroborar lo que afirman los de los horóscopos, ocurre que bajo el propio signo del Libertador nacieron: Napoleón Bonaparte, que en teatralizar y en guerrear dejó su marca como se sabe; Garibaldi, Luis XIV, hombre pesado, pero de mucha milicia, Bismarck, Danton. ¡Metralla, fusilería, teatro y gesticulación por todas partes! El cuadro de violentos, fuertes, peleadores, está bastante bien servido. -197- Pero como esto de los horóscopos es tan complicado, en cuanto los profanos comenzamos a

interesarnos en el asunto al ver el desfile de certidumbres, ocurre que nos enteramos de que también, bajo el signo del León, nacieron personas como Shelley y como Liszt (éstos tienen algo en común, una cosa de tempestad y de cabellera al viento, cachorritos de león devorando mariposas), como Lorenzo el Magnífico, Petrarca, Benito Mussolini, Cavour (cuatro italianos, cuatro temperamentos de intensidad poco común), y de pronto ¡Herbert Hoover, el pintor Rubens, Henry Ford, el Nehru, Rockefeller el Viejo, Salazar, Bourguiba!, o sea, que la habitación se va llenando de un público formado por personas a las cuales uno no les descubre la proximidad, el remoto linaje espiritual que emparenta con el León y con Marte. ¿O será cuestión de comprender que hay algo de energía de león y de acometida guerrera en hombres como Rubens, y como Herbert Hoover, como Salazar y como Henry Ford? Tenaces y pertinaces sí son todos esos. Haya lo que haya en esto del horóscopo, lo indudable es que Bolívar llena de señales, de anticipaciones, de avisos, todo un cielo. Si no existiera eso de establecer una relación entre la posición de las estrellas y el destino, habría que inventarlo para explicarse lo que en «El Libertador» hay de ser astral, de persona comunicada verticalmente con las estrellas. (El planeta bautizado «Bolívar» por los astrónomos, a propuesta de Flammarión, está entre Marte y Júpiter, a 400 millones de kilómetros del Sol: un acierto).

Su vida, podemos verlo a la luz de esas descripciones astrológicas, pertenece enteramente al reino de allá arriba. (Alcemos los ojos un instante al cielo). Es un Sol condensado en figura humana. Desde que despunta de niño entre sus hermanos, de joven en la corte, de hombre quemándose en su terrible y celestial destino, lo que parece es una ceremonia, un ritual del Sol moviéndose a ras de tierra entre los hombres. Hay algo quemante en sus ojos, en su pelo, en su prisa al andar. El viejo Choquenagua, el de Pucará, vio en él la reencarnación incaica, el mito solar al alcance de la mano. Martí sintió en sus entrañas el fuego viviente de Bolívar: «Vivió como entre llamas, y lo era», define. Dicen que en un salón su persona era poderosa e imperiosa como en un campo de batalla. Por donde quiera que se le mire, quema. Y se le desnuda la gran condición solar que tiene, no tanto en los momentos decisivos, creadores de historia, paridores de frases, relampagueantes; lo que de

verdadero sol encarnado, hecho hombre hay en él, irradia sobre todo en el estilo de su desaparecer, de su hundirse en la muerte. -198- Quienes presenciaron la pavorosa disolución de los dos últimos meses del cuerpo del Libertador sobre la tierra, sintieron, no que se iba muriendo, sino que se iba apagando. No era un hombre moribundo, era un astro en el poniente. Creo que por eso se fue junto a la mar para morir, como el sol se va allí a cada atardecer, buscando la inmensa mortaja de las aguas, el horizonte del mar, que es su tumba. La muerte de Bolívar es enteramente una puesta de sol. ¡Pobre del león herido, exangüe ya, que se encamina despaciosamente, pero majestuosamente todavía, hacia el postrer refugio, y va agitando la poderosa cabeza, y los cabellos al moverse son los rayos del sol, guerreando contra las tinieblas, oponiendo a la muerte la llamarada última, la más ardiente y hermosa! No quiero pensar en lo que de ascuas, en lo que de carbunclos al rojo vivo tenían los ojos del Libertador en aquellos días de la fiebre definitiva, de la exaltación suprema. La materia celeste, el gran mineral caído en masas desde el cielo, cuajado en fuego, en alma, se disolvía al fin. «Soy como el sol en medio de mis tenientes: si brillan es por la luz que yo les presto», decía, sin vanidad, con el natural reconocimiento de quien se mira en un espejo y cuenta lo que ve. Para recoger entre los dedos las cenizas del sol apagado, llegan las constelaciones de aquella hora de diciembre. ¡Qué lejos está el León, cuán remoto se ha ido Marte, y cómo Venus opaca sus fulgores! Las constelaciones sombrías, parteras del morir, acuden. Los seres que mueren por estos días son los que ardieron mucho, los cirios que se quemaron por ambos extremos. Diciembre es el ocaso del tiempo, y es el sendero de los humanos ocasos magnos, de los que significan de cuerpo entero el hundimiento de un sol. Mozart murió también bajo la sombría vigilancia de estas constelaciones. Mozart era un sol pintado por Rafael (pintor de cámara de los ángeles), en tanto que Bolívar era un sol pintado por Dios en persona. Bolívar es la aurora eterna de América.

Grande en el infortunio, grande de veras

El Bolívar de la apoteosis, el dueño de la gloria, el de la espada recubierta de diamantes, el vencedor, es tan sólo la mitad, y acaso menos, del Bolívar entero y perfecto. Ese hombre que crecía todos los días, que se empinaba sobre sí mismo y sobre los demás, como buscando una tierra más alta, unas cumbres más puras, un mundo más suyo, da la medida de su grandeza cuando lo vemos -199- navegar en la adversidad. ¿No se ha observado lo mal que resisten ciertos grandes hombres las horas negras, los idus del infortunio? César se cubre la monda cabeza cuando ve los puñales avanzar sobre él. Napoleón en Santa Elena es todo menos un héroe; es un burgués de la desdicha, un príncipe sin nobleza aspirando a un trono que ya no sabe conquistar. Bolívar no. Bolívar tiene una capacidad tal de renunciamiento previo, un estilo tan único de apurar hasta el fondo la amargura de la vida, que es él quien nos da el modelo del auténtico vencedor: el que domina a la gloria y el que vence a la adversidad.

Conocía, adivinaba, presentía desde sus primeros tiempos, la extraña naturaleza de los traidores, de los ingratos, de los incapaces de medir al héroe con una norma que no sea la de su pequeña condición de no héroes. Trataba a todos como a grandes hombres, aun sabiéndolos pequeñísimos en muchos casos, y justos a aquéllos en quienes primero viera las señales de Caín, era a quienes daba más pronto su corazón, su gesto de Abel. Estremece la clarividencia de este hombre en todo lo que concernía al corazón de los humanos. Como el legendario rey de los persas llorando en el cenit del poderío, y como Jesús en el Día de los Ramos, sabía Bolívar que detrás de los entusiasmos y de los vítores, detrás de las consagraciones y de las adulaciones, no hay espacio más que para el llanto. Lloró Jesús cuando le aclamaron las muchedumbres, y conservó su rostro exento de lágrimas cuando le suplicaban. Así Bolívar: abnegado, soberano de sí mismo y de los demás, remontado siempre sobre las miserias y las podredumbres, aceptó el dolor inmerecido, y sólo se mantuvo entre los suyos (¡entre los suyos que tan poco le amaban y tan mal le conocían!), mientras consideró que su presencia era indispensable o por lo menos útil. En el mismo año de la culminación, cuando caían a sus pies las espadas que custodiaron un imperio, cuando cualquier otro

superhombre hubiese creído que comenzaba su vida de glorioso señoreamiento, su disfrute de poder y de mando, él, en silencio, preparaba su retirada. Hay un desdén semejante al de Sócrates. Hay una digna arrogancia, nada petulante ni vacua, sino resignada y clarividente, como la de Jesús cuando enmudece ante sus jueces, en el Bolívar que renuncia a todo, que no pelea por conservar para sí ni un trozo de tierra ni un puñado de monedas, cuando viene de haber peleado tres lustros para dar tierra y poder a los demás.

Ciego hay que ser para tenerle por ambicioso. Sólo en tanto consideró que su presencia garantizaba en éste o en aquel sitio una libertad, una paz, una - 200- sombra de armonía y de orden, retuvo éste o aquel poder. Si hombrecillos que eran humo comparados con él supieron, movidos por la ambición, tiranizar años y años a un pueblo, ¿cuánto tiempo hubiera gobernado Bolívar de haber sentido en su pecho la más pequeña vocación de tiranía? Véase que le bastaba la ilusión de que ya estaba asegurada una meta para resignar un mando, delegar una gobernación, renunciar a una preeminencia. Sólo ambicionaba libertad, crear naciones, llenarlas de conciencia, hacer hombres nuevos donde había esclavos y seguir luego de largo a refugiarse entre las sombras y el olvido. En el instante en que los enemigos gratuitos, los suspicaces, los pigmeos, lo señalan como intrigante que maquina ceñirse coronas, ejercer dictaduras, avasallar él a quienes avasallaban antes los vencidos reyes; su verdadero propósito, su recóndito anhelo, es ver terminada la tarea para irse a Europa, a un rincón cualquiera del viejo mundo, a morir entre ruinas y silencio. Ve a la traición alzarse día tras día, hombre tras hombre. Ve a los sedicentes soldados de la libertad ensayarse como tiranos. Ve a los héroes en la guerra envilecerse en el saqueo de los tesoros públicos, en el abuso de las prerrogativas, en la degradación del poder. Sus manos permanecen limpias de oro, como está su alma limpia de sed de prepotencia. Da todo lo que tiene, y por fin se da a sí mismo, se deja vencer fácilmente -¡él, a quien nadie pudo vencer en los días de la contienda grande!-, y acaba por apagarse entre las sombras, en la miseria, acogido a la caridad de un amigo. No en el año 13, cuando desde enero hasta diciembre no hace sino pelear sin

tregua y cosechar victorias; no en el año 13, cuando por agosto entró triunfador en Caracas, ni en el año 19, cuando en Angostura pone en manos del pueblo el poder, y ofrece la mayor lección de estadista, de libertador de esclavos, de hombre sin ambiciones; no en esos años, ni en el 21, cuando jura en Cúcuta, ni en el 23, cuando entra vencedor en Quito, y luego el Perú le otorga los máximos honores, ni en el mismo año 24, el año de Junin y finalmente el año de Ayacucho; no en esos años, sino en los del desastre interno, en los de la anarquía entre los libres, es donde hay que buscar el Bolívar supremo. Saber vencer tantas veces a ejércitos superiores, a ejércitos valerosos, es mucha gloria. Pero saber vencerse a sí mismo, rechazar las coronas y las dictaduras, perdonar a sus amigos de ayer, enemigos de hoy, dar, a un paso del sepulcro, su nobilísima proclama a los colombianos, eso es lo realmente grandioso, lo incomparable, lo que merece llevar el nombre de Bolívar. Creo que es a partir de 1825 cuando nace un Bolívar -201- desconocido, un hombre sorprendente. Brota ahí y deslumbra su genio de estadista, pero más deslumbra su genio de sufridor, de paciente víctima, de cordero que se ofrece en sacrificio, para que la obra no perezca, para que América no se desgarré en contiendas civiles, para que el mundo libre no se forje con sus propias manos, peores cadenas que las que Bolívar le arrancara.

¿Qué esperaba de América este hombre?

«América para los americanos» es frase de Bolívar, y frase anterior al pronunciamiento de Monroe. Cuando él decía «América», el vocablo se llenaba de una luz, de una significación, de una resonancia, que sólo en labios de José Martí volverían a reaparecer. No quiere fundir territorios en naciones compactas con el ánimo de quien busca tierras y más tierras para ensanchar un imperio, sino que teme como a la muerte al localismo, a lo fragmentario, a la atomización de América. Su patria es el mundo de los libres. Cada zona de América la mira como si fuese su propia cuna caraqueña. Hay muy hacia abajo, hacia el sur más sur, quienes le miran como a un extraño, y él no lo comprende. Esa gran condición universal-americana, de patria única para todo

el nacido en el nuevo mundo; esa gran condición que se da en Bello, en Heredia, en Hostos, en Martí, en Darío, los que saben ser chilenos, mejicanos, uruguayos, no importa donde físicamente hayan nacido, tienen en Bolívar el arquetipo. «Yo no soy de Caracas sola», afirma. Cuando otros piden la mediación europea para dirimir los conflictos entre americanos, él pide la unión de los americanos para ser árbitros de sí mismos. No concibe que la fuerza de una corona lejana haya podido mantener unidos por siglos los territorios, y en cambio la libertad no sea mayor y más eficaz que aquella fuerza. Su angustia grande es la de ver cómo se rompe el collar y las perlas son esparcidas, como dislocadas. Bolívar bracea en el vacío para que no se dispersen los pueblos. No quiere saberlos arrastrados por el egoísmo, ni confundiendo el ejercicio de lo viril con la selvática embriaguez de las guerras civiles, ni asfixiados en politiquillas de aldea. No admite rivalidades ni enconos ridículos entre quienes acaban de saborear, juntos, el manjar de la grandeza. Para muchos no quiere decir nada, no hay símbolo ni lección, en lo de ver a un hombre nacido allá, en la parte de arriba del gran triángulo suramericano, entrando como por casa propia en los territorios más distantes. Lo -202- que después dijera Vicuña Mackenna de que el caballo de Bolívar había bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, «las tres grandes fronteras que dio el creador a l nuevo mundo», Bolívar desde siempre lo vivía y lo interpretaba como un hecho natural, como una inevitable actividad de quien no podía ver en América más fronteras que las trazadas por los conceptos de tiranía y de libertad.

No ya el sur, todo el sur, sino hasta el propio norte sajón, mirábalo Bolívar con reverencia, siempre y cuando se colocase ese norte, a la luz de la común doctrina americana sobre el hombre y sobre las naciones. «América es de los nacidos en este hemisferio», dice, y traza así una política de los Américas, no de ésta o de aquélla, ni de ésta contra aquélla. Su visión hemisférica es hermana de la política de las dos esferas cristalizada en el *farewell address* de Washington. (Adoraba Bolívar en este seco caballero a un libertador y a un hombre sin ambiciones). Como estadista profundo, recelaba mucho el Libertador de los políticos preimperialistas de esa América sajona, que no comprendían cuál era el papel reservado por el destino al hemisferio unido para

salvar al mundo; pero en cuanto tropezaba con un norteamericano que fuese capaz de insertarse en el escenario ideológico connatural de América, Bolívar hacía de él un hermano, un conmitón de sus empresas. Llevaba con orgullo sobre el pecho un relicario con cabellos de Jorge Washington. El contemplaba con admiración y noble envidia aquella actitud de las pequeñas colonias inglesas en el norte, que supieron fundirse en una nación, y avanzar unidas hacia la grandeza. Quería que la América hispana, desde México hasta Buenos Aires, buscara los medios de unirse lo más estrechamente que le permitiese la conservación de la personalidad natural propia de cada territorio y de cada pueblo. Una unión basada en la libertad, en la libérrima voluntad de mantenerse unidos, era considerada por Bolívar como la más indestructible base para estructurar un orbe político que decidiese el equilibrio de todo el nuevo mundo, asegurarse la paz y la felicidad de sus miembros e incluso alcanzase a pesar, para el bien, en las orientaciones de la humanidad. Aquel soldado que gritaba ebrio de entusiasmo: «¡Este pabellón flameará en todo el universo si el Libertador lo manda!», adivinaba la universalidad del pensamiento real de -203- Bolívar. Al mundo le hacía falta, le hace falta todavía, que predominen en él los libertadores y no los dominadores. Y especialmente le hacía falta, en los tiempos de Bolívar, a la pobre tierra de América, por hallarse anarquizada, dividida, sectarizadas las sociedades en clases furiosamente antagónicas. Por eso concentraba allí, en ese territorio vastísimo del sur, su esperanzado bregar, su tenaz lucha contra los males y defectos del pasado, que sobrevivían en las repúblicas. Veía él con espanto que la gente recibía con júbilo las dictaduras, que pedía tiranos, que no sabía entendedérselas con la libertad. Cuando tiene que aceptar por fuerza un título de dictador, se pone en pie y dice las asombrosas palabras que fueron y son la expresión suprema de la anti-tiranía: «*¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!*» Y del dictador dice «...a mi pesar he tenido que degradarme algunas veces a este execrable oficio».

En la unión de las naciones veía también un medio de asegurar la libertad de todos, no sólo por mantenerse militarmente prestos a repeler agresiones extranjeras, sino porque la convivencia en una Asamblea Perpetua de Pueblos,

crearía el pudor de la tiranía, la noble rivalidad entre todos por presentarse siempre limpios de dictaduras y de esclavitud. Era todo un sistema político y moral lo que daba nacimiento a la unión, y lo que de ella se derivaría perpetuamente. La paz, el progreso, la ayuda mutua, la exaltación de las instituciones democráticas, sólo podían arraigar y hacerse conciencia diaria de los pueblos, uniéndose las naciones específicamente para esos fines, y vigilando todos la conducta de todos. Ese era el sueño de Bolívar. Por ese sueño, irrealizado aún, pero ya en camino, puede adivinársele desvelado entre las sombras, inquieto todavía en lo mudo del sepulcro. Bolívar no está en paz, no vive en paz su muerte. América no le dejó vivir con felicidad sus días sobre la tierra, ni le ha dado aún a sus huesos el reposo y la fiesta que él ansiaba: ver a la libre América unida por fuera y por dentro, dueña de sus destinos, celosa de materializar las ilusiones del héroe.

¿Qué hacer ante una crisis?

No penetremos en los recovecos de los regionalismos, ni en el de los personalismos. Pero conviene recordar que hubo un instante, un relámpago de ~~-204-~~ segundos, en que pareció que iba a producirse en la América recién libertada la gran fusión de todos, el abrazo tan ancho que fundiría a los nacidos en Venezuela con los nacidos en la Argentina. Es lo que podemos llamar «el instante Alvear». Es cuando vienen los de allá abajo y se acercan a Bolívar y le cuentan del peligro que a todos amenaza, y le piden la ayuda de su espada y la luz de su genio. No había allí resentimientos, ni suspicacias, había el sentido de la igualdad, de la unión, de la ayuda colectiva como una ley inexorable.

A propósito del norte y del sur, de rivalidades y de regionalismos, quiero recordar que, a pesar de Guayaquil -esa entrevista celebrada en día malo para América, un 26 de julio-, y a pesar de rozamientos y conflictos de carácter, nadie ha hecho de Bolívar un elogio mayor que el contenido en la frase siguiente de José de San Martín: «Yo creo que todo el poder del ser supremo no es suficiente para libertar ese desgraciado país (el Perú): sólo Bolívar,

apoyado en la fuerza, puede realizarlo». ¡En hipérbole y en herejía dio San Martín para enjuiciar a Bolívar!

1964

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

